



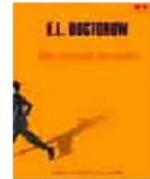
Todo el tiempo con Doctorow

El saber narrativo de uno de los grandes en una selección de sus cuentos

ANDRÉS MONTES

El respeto y la elevada consideración literaria que en las letras anglosajonas tiene el relato impone a sus autores una autoexigencia que demasiadas veces se echa en falta en mundos más cercanos. El cuento es, en ese ámbito cultural, un arte mayor, con la autonomía que le proporciona la posibilidad de publicar las piezas independientes, sin necesidad de esperar a que el autor reúna varios relatos para que vean la luz en forma de libro. La magnífica nómina de maestros de la narración breve que podemos exhibir en castellano no surge, precisamente, del estímulo editorial ni de una industria que, salvo autores de éxito seguro, ha sido más bien cicatera en la apuesta por los cuentistas.

Una recopilación de relatos de E. L. Doctorow tiene, primero, la garantía de esa tradición que valora el relato por sí mismo, la seguridad de que el lector no va a encontrarse ante los restos del taller, los intentos fallidos y los compromisos solventados con ligereza que dan lugar a textos que debieran haberse perdido en alguna oscura publicación. **Todo el tiempo del mundo**, los cuentos de Doctorow que ahora se publican en España, conserva lo mejor de uno de los grandes de la narrativa contemporánea y está desarrollado con to-



Todo el tiempo del mundo
 E. L. Doctorow
 Miscelánea, 2012

do su saber de escritor capaz de asombrarnos hace apenas dos años con una obra como **Homer y Langley**.

En conjunto, estos cuentos escritos en diferentes épocas dan testimonio de la sabiduría en la construcción de la historia, la capacidad de mantener al lector en alerta continua, el ritmo ajustado, la precisión en los detalles y la prosa depurada que caracterizan al autor de **La gran marcha** o de **Billy Bathgate**. Entre estos relatos encontramos «El escritor de la familia», narración que serviría para indagar sobre el objeto del artefacto literario y en el que hay un perfil de los personajes, muchos trazos anticipados de lo que luego sería **La feria del mundo**, que esta misma editorial puso de nuevo al alcance de los lectores en 2010.

teraría; una mirada humana frente a la turística de ciudades vacías de habitantes pero repletas de fechas y visitas; ciertas postales que nos ha tocado padecer como literatura de viaje; o, en fin, la política europea que hoy se impone, explicada, sin justificarse, sobre la razón de Estado.

Al tiempo, estos personajes no son alegoría, sino emanación de sus espacios. En el cuento que titula el volumen, Miroslav, artista una vez llamado al esplendor, pero condenado al fracaso por la cultura oficial de la antigua Checoslovaquia, y que hoy sobrevive en la Praga convertida en paquete vacacional, se resiste a ser un buen figurante: «Nuestra Praga (...), en la que habíamos pensado como una princesa a la que había que rescatar del ogro soviético, parecía ahora una chica fácil y aburrida, deseosa de venderse a los visitantes» (página 101). Qué sabe entonces un turista de la melancolía de la ciudad, ocupada por la chabacanería, oculta tras una mirada prefabricada.



Inconvenientes del turismo en Praga y otros cuentos europeos
 Mario Martín Gijón

KRK, 2012, 209 páginas

La presentación del conjunto, de intencionada organización y unidad, se completa con el recurso de hacer que estos cuentos vengan filtrados por un anónimo traductor, quizá lo menos trabajado del libro. Mano sin otra huella que unas discontinuas notas al pie, esta última instancia narradora completa una mirada humana y contaminada. Al fin, la misma lección pagana de Wescott: si en él era la Atenas que un día pusiera al hombre como medida de todo, aquí es una Europa declarada en aquellos mismos cimientos, pero que hoy se consume en la comodidad turística y sus consecuencias.

El tiempo baldío

El núcleo vital de Alfonso López Alfonso en un relato fluido y carente de exhibición



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Al buscar «baldío» en el diccionario (o en T. S. Eliot) se encuentra uno con adjetivos desesperanzadores: vano, infundamentado, vagabundo, perdido, desocupado o sin oficio... con lo que no sé yo si está bien escogido el título de este estupendo libro del autor y crítico Alfonso López Alfonso (1977), pues el tiempo que nos cuenta nada de baldío tiene y todo de fundacional. En sus breves capítulos, suele aclarar las cosas al principio: «Soy aldeano de nacimiento y desconfío de los lugares grandes, de las ciudades, de todos los sitios donde la gente no se conoce personalmente» o «El destino de un hombre es su aldea». No habla bien de sí mismo: «Casi cada mañana he de explicarme de nuevo las cosas, el «abc» de la supervivencia, de dónde vengo, adónde voy, con quién y por qué» o «Nunca he sido capaz de captar los matices», o recuerda que «Matar es sobrevivir y sobrevivir es estar bien adaptado». Delimita el país del que habla: «Si tuviera que elegir un país ideal creo que sería un país muy pequeño, una lengua de tierra que abarcaría más o menos, de Este a Oeste, desde el concejo de Salas, en Asturias, hasta la comarca del Bierzo, en León». También el tema central (aunque pienso que el tema es otro, es Mon-



El tiempo baldío

Alfonso López Alfonso
 Impronta, 2012
 124 páginas

cóu, su aldea canguesa): «En el cine y en la literatura siempre me han atraído las historias de familia y los conflictos generacionales» y «La familia es como una enfermedad, no se puede elegir, sólo soportar» o «Soy de los que piensan que para que las relaciones entre un padre y un hijo sean fructíferas, provechosas para ambos, tiene que haber algo de cariño y bastante odio». Por lo tanto, parece pensar el narrador, contemos la aldea y la familia de un lugar reducido mientras me iba formando, mientras no sabía quiénes eran T. S. Eliot, Christa Wolf, Carson McCullers, Verlaine, Kurosawa, Giono, Pessoa, Engels... y tantos y tantos (y demasiados tantos) citados. Es decir, vayamos a las fuentes, a lo originario... no a lo baldío.

En fin, manías mías, que conozco la zona, pues sobre una de sus comarcas escribí un libro y en otra estuve, eran los principios de los ochenta del XX y a ella se refiere Alfonso López Alfonso, sobre todo, a punto de comer una cucaracha, me dieron literalmente gato por liebre, rescaté a un jefe de estudios de una escombrera adonde lo habían desplomado los alcoholes ingeridos, intenté dormir

con abrigo y guantes y gorro de lana y bufanda en una pensión para protegerme, en vano, de un frío del que ni hoy he conseguido despojarme, dormí en otra habitación de alquiler presidida por el retrato de un marcial José Antonio Primo de Rivera (pleonazgo) y llegué a beber vino más sólido que líquido (no es oxímoron). Pero lo que a mí me daría para una novela picaresca o acaso de aventuras o muy probablemente de abuelo Cebolleta, a nuestro autor le da para responder a esas preguntas que cada mañana se plantea, según quedó dicho. Y, aun siendo escasísimo mi interés por las autobiografías de infancia y juventud, militando más bien entre quienes arrojan lejos de sí tales engendros onanistas y aburridísimos e iguales entre sí por lo general (el padre no sé qué, la madre no sé cuánto, el río, los hermanos, las casas...), me comí **El tiempo baldío** de una sentada feliz y corrí a darle las gracias a su autor por SMS. Porque todo lo narrado, todo lo que en otras manos resultaría un pestiño de marca mayor, un ejercicio de autolástima insostenible, López Alfonso lo convierte en un relato fluido, donde la anécdota cuadra y, grandísima virtud, donde el prisma de la comprensión, de la piedad, de la mirada sosegada ante la insensatez humana ajusta lo narrado. Es justo lo contrario de una exhibición: es un acercamiento lleno de modestia a lo que uno fue, como de puntillas, sin juzgar, sin ajustar cuentas a navaja libre. Viva recomendación.